

Vislumbres

Edición N.º 2 - 2025

**¡No conspirar contra la
mayor de nuestras
fortalezas!**

Jacques Sagot
Luis Méndez

¡No conspirar contra la mayor de nuestras fortalezas!

Jacques Sagot

Vejada, ultrajada, manoseada, violada: es la Caja Costarricense de Seguro Social. La “caja chica del Estado”. El cofre sagrado donde meten sus sucias manos todos los corruptos del país. La columna vertebral de nuestra nación. La formidable viga pretensada sobre la que reposa toda la arquitectura social de Costa Rica. Lo mejor que hemos producido. No hay ninguna posibilidad de felicidad sin seguridad. Si Costa Rica pretende ser el país “más feliz del mundo” (lo que no pasa de ser un deplorable mito patriotero) ello se debe justamente a que no vive en la ansiedad, la desnudez, la intemperie, la angustia por motivos de salud. Amigos: no hay nada tan terrible en el mundo como la combinación de enfermedad e insolvencia económica. Se potencian una a la otra. Es como vivir en el subsuelo del infierno. ¡Gloria y gratitud eterna para Manuel Mora, Monseñor Sanabria y Calderón Guardia, visionarios y diseñadores de una Costa Rica que abrevó en las más puras fuentes de la Social Democracia! Y gloria y gratitud eterna también a esa escuela de pensamiento político que nació a la luz de las grandes encíclicas sociales de la Iglesia Católica, comenzando por la *Rerum Novarum* (1891) de León XIII.

Es incalculable el impacto que estas epístolas papales, abocadas a la protección de la clase obrera, tuvieron sobre el siglo XX.

Los Estados Unidos –un país en el que viví durante 19 años– no tiene medicina socializada, carece de seguridad social (el “Obamacare” no pasó de ser un bien intencionado remedo). La poderosa nación del norte es una selva inmisericorde: solo pueden enfermarse los “rich and famous”. Pero para ser justos hemos también de señalar el anverso de esta realidad: es un país en el que abundan las organizaciones de beneficencia no estatales, fondeadas por grandes filántropos y altruistas. Yo logré sobrevivir en esa Amazonia cruenta y despiadada gracias a estas instituciones.

La medicina privada en USA tiene costos obscenos, soeces, violatorios de los derechos humanos. En Costa Rica, la medicina privada es onerosa, pero en mucha menor medida. Y ello por una razón fundamental: en un sistema de contrapesos, en un modelo de equilibrio social, nuestra medicina privada ha tenido que moderar sus tarifas, porque tienen al frente la titánica competencia de la medicina socializada. Ahora bien: si la medicina socializada colapsara, esa medicina privada que ha tenido que limitarse, quedaría suelta, corriendo chinga por las calles, desmelenada y caótica. Sería el Día del Juicio

Final. Sus costos –ya de por sí contusivos para cualquier bolsillo– se dispararían hasta la altura del monte Everest (8.849) metros sobre el nivel del mar). Sería una hecatombe social. La medicina privada en Costa Rica ha tenido las manos atadas gracias a nuestro sistema de seguridad social. Si este desapareciese, la angurria, la falta de misericordia, el alma mercenaria y codiciosa de muchos galenos quedaría libre, y no tendría que observar límite alguno.

Hace varios años vengo oyendo a nuestros presidentes “sugerir”, “insinuar”, “susurrar al oído” que la Caja Costarricense de Seguro Social debería privatizarse. Diré las cosas en Do mayor y compás de cuatro por cuatro: dentro de ese estado de cosas yo tendría que resignarme a morir. A morir, sí, como un perro atropellado en media calle, que se arrastra miserablemente hacia la cuneta para perecer con alguna dignidad. Y la misma desdicha acaecería sobre la vastísima mayoría de nuestros ciudadanos. Ya el reciente cuentito de “acelerar” ciertas cirugías si el paciente “contribuye” con el procedimiento invirtiendo en ello sus exiguos denarios, me parece una indecencia, un atropello, una violación de los basálticos principios sobre los que siempre ha reposado esta benemérita institución. Esto no puede suceder, esto no se debe permitir: es el comienzo de un cáncer violentamente metastásico: urge abortar esta

anti-ética iniciativa: es la negación más palmaria y frontal de la filosofía social que sustenta a la CCSS. Esto es la imagen misma de la anti-Costa Rica. Un derrape deontológico que inexorablemente desatará marejadas de angustia, zozobra y dolor en nuestro país. Es robarle a Costa Rica su alma, su vocación solidarista, y dejarla en manos de los mercachifles y filibusteros de la medicina. La CCSS existe gracias a la ética solidarista que anima a nuestro país. Hay miles de costarricenses que cotizan sumas considerables aun cuando jamás usarán sus servicios: lo hacen por solidaridad: una de las más bellas y nobles nociones que la criatura humana ha creado.

Es imperativo echar marcha atrás con este sistema “mixto” en el que el paciente paga para que su tratamiento sea acelerado. Ya eso no es medicina socializada: es un peligroso menjurje ideológico y político que no puede sino degenerarse y agravarse con el tiempo. Como la sublime Antígona, hemos de proclamar: “Vine al mundo para decir NO, y luego vivir”.